



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL PARAUTE LAS MOROCHAS, 28/X/2023.

Muy queridos hermanos:

Hemos repetido varias veces en el Salmo Responsorial: **“TÚ ERES EL ORGULLO DE NUESTRO PUEBLO”**. Es una frase que sale del corazón de todos los morocheros y habitantes del municipio, al celebrar hoy la solemnidad de Nuestra Señora del Paraute, a la cual el Señor le encomendó, de modo especial, este pueblo.

No es una leyenda, ni un invento; es un hecho que se encuentra avalado por los historiadores y, sobre todo, por la tradición que se va transmitiendo de generación en generación.

En efecto, la aparición de la Virgen del Rosario del Paraute, ocurrió en la desembocadura del río Paraute, la tarde del día sábado 28 de octubre de 1651, a un indígena quien, sentado en su palafito, observó de repente flotar una tablita arrastrada por las aguas del río hasta llegar a él. El indígena la hizo retroceder tres veces, pero, dicha tablita en vez seguir el cauce del río, regresaba misteriosamente a sus pies. El indio, extrañado, decidió tomarla y llevarla a su bohío. Fue entonces, cuando se percató de que en la tablita estaba plasmada la imagen de la Virgen María. El cura doctrinero del momento, enterado de tan insólito acontecimiento, comprueba su veracidad y asienta su constancia en los libros parroquiales.

Seguidamente, la tablita es trasladada a la Iglesia de la Candelaria, en Lagunillas de Aguas, y se le da el título de “Nuestra Señora del Rosario de Paraute”, en honor al lugar dónde se encontró, recibiendo culto por parte de la comunidad indígena y demás fieles de la región. En 1774, el Obispo de la Diócesis de Caracas, Mariano Martí, en su visita pastoral por Valle Seco, Moporo, Tomoporo de Aguas y Lagunillas de Aguas, valora el retablo de la Virgen, mencionando que está cubierto de plata y esmeraldas, entre otras cosas, y dio testimonio de su origen y conservación.

A ustedes, queridos hermanos, les corresponde custodiar este regalo que les hizo el Señor, y difundir su mensaje. Para tal fin, como preparación, contarán con 5 años, que inician hoy, a fin de celebrar los 100 años de la llegada de la Sagrada Reliquia a Las Morochas, a esta comunidad que celebrar con gozo su patrocinio.

El texto del Evangelio que ha sido proclamado es, lamentablemente, manipulado por miembros de iglesias que no reconocen el papel de la Virgen en la historia de la salvación. Jesús quiere, de manera clara, decir que todo el que cumple la voluntad de Dios es su padre y madre.

Estas palabras siempre se han entendido como un elogio de la fidelidad de Santa María y nunca como un reproche. La Santísima Virgen María es modelo del discípulo, ya que ella, de modo eminente, acogió la palabra del Señor, y dio fruto con ella. En efecto, cuando le fue manifestado el designio divino, exclamó: *“he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*.

Y la expresión “hermanos de Jesús” se refiere a sus parientes. En los idiomas antiguos, hebreo, arameo, árabe... era normal que se utilizará ese término para indicar a los pertenecientes a una misma familia, clan o tribu. Actualmente, incluso, nos llamamos hermanos los que creemos en Dios y pertenecemos a la Iglesia.

Siempre la Iglesia ha profesado con plena certeza que Jesús no ha tenido hermanos de sangre en sentido propio. Prueba de ello es que la Biblia nunca habla de los hijos de María y Jesús, crucificado, poco antes de morir, se la entrega Juan, su discípulo amado. Además, la Iglesia ha proclamado el dogma de la virginidad perpetua de María, es decir, que María fue virgen antes, durante y después del parto.

Jesús alaba a todo aquel que escucha la palabra y la pone en práctica. Lamentablemente, nosotros los católicos, nos limitamos a escuchar la palabra sólo cuando venimos a la Santa Misa. No tenemos la disciplina de leer la Sagrada Escritura, ni de meditarla, ni mucho menos de predicarla. A veces, nos da vergüenza, porque se cree que es algo propio de los evangélicos.

Lo primero que se necesita es escuchar la Palabra del Señor. San Pablo se preguntaba: ¿cómo llegarán a creer si no reciben la Palabra? Sabemos, queridos hermanos, que la fe entra por el oído (Rom 10). El mal terrible de muchas personas en la actualidad es que no escuchan la palabra que los puede salvar. ¿A cuántos (ojalá que no a nosotros) habrá que escribirle en su tumba el epitafio: “*aquí yace un hombre que murió sin leer el libro que lo iba a salvar*”? Para leer la Sagrada Escritura, ponemos miles de objeciones. Cuando somos niños, no tenemos tiempo porque debemos jugar; cuando jóvenes, porque debemos divertirnos; cuando estamos en la universidad, porque debemos estudiar; recién casados, porque debemos trabajar más para comprar la casa; cuando vienen los hijos, porque hay que dedicarles tiempo a ellos; cuando viejo, ya tengo cataratas, y no puedo leer las letras pequeñas de la biblia. No, nos engañemos y seamos sinceros. No digamos: no leí la Palabra de Dios, porque no tenía tiempo. Sencillamente, no la leímos porque no amamos, suficientemente a Dios, pues tenemos tiempo para lo que amamos. Quizás, Dios, y su Palabra, no están en el primer puesto de tu vida. Puede ser que las redes sociales, y todas las informaciones que ellas te proporcionan hayan quitado el puesto que debería tener la Palabra de Dios en tu corazón. Jesús nos dice en este momento lo que le dijo al demonio cuando lo tentó en el desierto: “*no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”.

Escuchamos la Palabra de Dios cuando oímos con atención a quienes en la misa leen o predicán la Palabra. La escuchamos cuando leemos con cariño y fe una página de la Biblia o recitamos la liturgia de las horas. La escuchamos cuando atendemos con humildad de quien nos habla incitándonos a la santidad, o las insinuaciones de nuestra conciencia que nos invita a ser mejores, según dice San Pablo a Timoteo: “*toda Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñar, para argumentar, para corregir y para educar en la justicia, con el fin de que el hombre de Dios esté bien dispuesto, preparado para toda obra buena*” (2Tim 3, 16).

Y no basta con escuchar o leer la palabra, sino hay que ponerla en la práctica, porque si el Señor te dice en la Palabra: “*amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas*”, y no vas a misa los domingos o no rezas todos los días, ¿de qué sirve, si no lo practico? Si Él te recomienda que no obres para ser visto por la gente sino para agradar a Dios, y vives sólo pendiente de lo que la gente piensa sobre ti, estás escuchando, pero no estás practicando.

Queridos hermanos, debe haber coherencia entre lo que creemos y hacemos. Debemos poner en práctica nuestra fe. El apóstol Santiago lo resumía con estas palabras: *“Hermanos, si uno dice que tiene fe, pero no viene con obras, ¿de qué le sirve? ¿Acaso lo salvará esa fe? Si un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse ni qué comer, y ustedes les dicen: Que les vaya bien, caliéntense y aliméntense, sin darles lo necesario para el cuerpo, ¿de qué les sirve eso?; Lo mismo ocurre con la fe: si no produce obras, muere solita. Y sería fácil decirle a uno: Tú tienes fe, pero yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe a través de las obras”* (Sant 2,14-17).

Recuerdo que cuando era párroco, un día un miembro de un grupo de la parroquia, me contó su proceso de conversión. Me dijo que, cuando era joven, era un verdadero dolor de cabeza para sus padres, porque se escapaba del liceo, le gustaba tomar mucho, los fines de semana dormía en la calle, tenía malas compañías... Un día, limpiando el frente de su casa, se encontró un libro pequeño del Nuevo testamento, y se lo mostró a su mamá, quien le dijo: lee la Palabra de Dios para ver si cambias de conducta. Y el joven hizo caso. Y la lectura atenta de la Palabra lo llevo a cambiar de mentalidad, a conocer la gravedad del pecado, a tener conciencia de que Jesús lo amaba a pesar de todo; ser acercó a la Iglesia, pidió los sacramentos y ahora trabaja, con toda su familia (esposa e hijos) en la Parroquia. Se cumple lo que dice el mismo Dios: *“la palabra de Dios es viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo, y penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu, los huesos y los tuétanos, haciendo un discernimiento de los deseos y los pensamientos más íntimos. No hay criatura a la que su luz no pueda penetrar; todo queda desnudo y al descubierto a los ojos de aquél al que rendiremos cuentas”* (Hb 4, 12-13). La Palabra tiene poder, cambia, transforma, renueva.

Queridos hermanos no olvidemos nunca que el más grande peligro para quien escucha la Palabra de Dios es no practicarla. Aunque la escuchemos y la aprendamos, si no la cumplimos y no la practicamos nos vamos a quedar fuera del reino de Dios. Ya que hicimos lo primero que es oír lo que Dios nos ha dicho, ahora dediquémonos a lo segundo, que es tan importante: practicar lo que Él nos ha recomendado. Si así lo hacemos, podemos estar seguros de que la Palabra de Dios nos librá de nuestras malas costumbres, nos hará virtuosos y nos conseguirá un puesto de preferencia en el cielo para siempre.

Pedimos, a Nuestra Señora del Rosario de Paraute, nos ayude a escuchar la Palabra y ponerla en práctica, para que cada día crezcamos como discípulos de Jesús y pensemos y actuemos como él. Así sea.

+ 
† **Angel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/193